



editorial**foc**

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en www.editorialfoc.me. Gracias por leer.

Por lo demás nos reservamos todos los derechos y prohibimos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra sin la autorización de los titulares del copyright que, con mucho gusto, te contestarán en info@editorialfoc.me.

ISBN: 978-84-15634-06-5

© Nicolás Cruz Valdivieso, 2012

© Editorial Foc S.L, 2012

Diseño de Cubierta: Alba Ibarz

No le debo nada a Bolaño
y otros cuentos para adultos.

Nicolás Cruz Valdivieso

ÍNDICE

EL OFICINISTA

EL PRÍNCIPE MONGOL

LA DEUDA

EL TANGO MÁS AMARGO

TIENES QUE CONTARME TU SECRETO

UN ASUNTO DE PRINCIPIOS

NO LE DEBO NADA A BOLAÑO

DELIRIO RUSO

LA PIERNA DE RIMBAUD

EL AHORCADO

LUNA LÁCTEA

UN SUEÑO DE BOSQUES

EL OFICINISTA

No señor, se equivoca. El copete no tuvo la culpa, o al menos no toda la culpa. Sírvame un poco de vino y yo se lo explico. Lo que pasa es que... ¿Cómo decirlo?.. Lo que pasa es que en un tiempo yo tuve plata. Los caballos, las timbas, el casino, hasta en la lotería me iba bien, señor. Ponía el ojo y ponía la bala. Como los pistoleros, señor. Pero cuando se acabó la plata las cosas empezaron a ir mal. No ponga esa cara, los primeros tres tragos cuestan, pero después pasa como agüita, como buen pipeño. ¿Cómo le iba diciendo? La verdad es que nunca fui un buen amante, con o sin plata, pero cuando había plata a ella no parecía importarle. Se acabó la plata y ¡pum!, ella comenzó a enojarse. Que no sabía tocarla, que eso no era vida, que no se acordaba cuando había tenido el último orgasmo. Fíjese que por esos días hasta se puso de sobrenombre «La Cometa Halley», señor, porque algo le pasaba cada ochenta y cuatro años. No se ría señor, no es chistoso. Figúrese usted. El asunto es que me empecé a deprimir. Cada vez que terminaba y ella me sacaba de encima suyo a empujones... me iba hundiendo un poco más. Ve, raspa la garganta y araña las paredes del hígado, pero ese calorcito que deja es impagable en los días de invierno. Fíjese que también le dio por contar chistes cada vez que nos juntábamos a tomar unos traguitos con los compañeros de oficina después de la pega. Iba al baño y cuando volvía ella estaba sentada entre medio preparando el siguiente chiste. Me miraba con cara de ángel, pero yo sabía que por abajo estaba afilando el puñal. «Un chiste. Un chistecito» decía . Y yo veía a todos los cabros de la oficina mirarme de reojo riéndose. «Saben que hoy día hubo una marcha de eyaculadores precoces en el centro —decía mi mujer—. ¡Duró cinco segundos!» remataba y todos los cabros se estrujaban de la risa. «Y, ¿saben por qué no fue cabo el

Matamala, famoso por disparar antes de tiempo? —atacaba de nuevo mi mujer—. Porque lo ascendieron a Cabo Primero», decía entre carcajadas. Después me daba un beso en la frente. El mismito que le dio Judas a Jesús antes de traicionarlo, señor. Empine no más, sin asco, que si falta le pedimos al Carmelo que nos transforme el agua en vino. En la semana todos los cabros de la oficina me decían: «puta que es buena onda su señora, compadre», «puta que es divertida y bonita su señora, compadre», «y cuando invita de nuevo pa su casa, compadre». Pero yo sabía que mientras me decían eso estaban afilando los colmillos, peleándose el lugar para hacer las tareas que yo dejaba incompletas. Una de esas mismas noches, mientras mi mujer hacía reír a mi costa a los cabros yo decidí curarme. Curarme bien curado ¿Me entiende, señor? Tomarme hasta el agua del florero y que pasara lo que tuviera que pasar. Usted creará que ese día toqué fondo, señor, que le entregué en bandeja mi mujer a los lobos, pero se equivoca. Fíjese que de tanta pisolita y paragüazo no me di cuenta cuando estaba solo con mi esposa y, perdone la indiscreción señor, pero ahí mismito, arriba de la mesa de la cocina, en la misma en que mi mujer y mis amigos se reían a brazo partido de mi, pasó el cometa Halley. Y no pasó una vez. ¡No señor! Pasó dos veces seguidas. ¿Otro jarrito, señor? ¿Qué me dice? ¿para qué estarse mojando afuera con la lluvia como los huevones si uno puede mojarse por dentro en el bar como Dios manda? Imagínese como me desperté al otro día, con flor de hachazo. ¡Pero puta que estaba contento, señor! Si me hubiera visto, con el pecho inflado, con la sonrisa de oreja a oreja. Era el Schumacher, el Zamorano de la cuadra, señor. Así encontré la medicina, señor, la cura para mi enfermedad. Fíjese la suertecita, así por casualidad.

[Extracto]

EL PRÍNCIPE MONGOL

La madre jamás perdonaría la larga cicatriz en su abdomen, la juventud arrancada de su cuerpo por el Príncipe Mongol. Jamás aceptaría que de su vientre viniera ese niño de mirada simiesca que se afanaba en buscar el calor de su cuerpo. A sus ojos, el maravilloso ser que había nadado y se había alimentado de sus aguas durante nueve meses era un error. Un error que significaba el derrumbe de todos sus horizontes. Un error que contrastaba brutalmente con la vida futura con que había soñado durante nueve meses. Un error que aún estaba a tiempo de ser corregido.

Un mes después de esa mañana en el hospital, mientras el Príncipe y yo dormíamos en la misma cama a la que ella había llegado años atrás siendo una más de las estudiantes de arte que tocaba a la puerta de mi taller, se fue para no volver. Cerró la puerta por fuera y se alejó de nosotros, guardando esa última imagen en su retina, la del bebé con síndrome de Down que dormía plácidamente sobre el pecho del envejecido pintor de un sólo brazo. Aún hoy la recuerdo sin rencor. Aún hoy intento imaginar esa mañana en que se vio acorralada. Observar a través de sus ojos el día en que se descubrió a sí misma durmiendo junto a ese pequeño circo de rarezas, esos dos seres tan alejados de los sueños que había tenido siendo una niña y que, sin saber del todo en qué momento, se habían vuelto su única familia. Desde ese despertar aprendimos a vivir sin ella tal como se aprende a vivir sin un brazo o una parte amada de lo que fue nuestra vida. Desde ese día en adelante el Príncipe aprendió que nosotros éramos sólo dos.

En los años que siguieron a esa mañana leí una hermosa y descabellada teoría que decía que en la antigüedad, la potencialidad de las enfermedades en los padres era la de romper la barrera de las especies. De modo que los occidentales podían llegar a tener hijos orientales, o mongólicos, por las similitudes faciales de estos niños con las razas

nómadas del Centro de Mongolia. Desde ese día, en mi cabeza y corazón, el niño quedaría bautizado a fuego como el Príncipe Mongol, señor de las tierras de tinieblas y esperanzas en las que ambos habitábamos. Esa ruptura en la barrera de la especie, ese milagro oriental que planteaba la teoría, era el que me observaba desde los brazos de la madre esa lejana mañana invernal y que me acompañaría como mi pequeña sombra por el resto de mis días.

[Extracto]

EL TANGO MÁS AMARGO *

Cuando supe lo de Carlitos no pude más que culparme por su trágico final. Yo se lo había dicho unas noches antes mientras bebíamos en el bar de siempre, junto a los amigos de siempre, con el riachuelo que nos había visto crecer como testigo de mis palabras.

—Carlitos, para qué te vas a ir, quedáte acá con los que te quieren. Sabés que las cosas no andan bien, quedáte hasta que encuentres un nuevo productor y después andá a recorrer el mundo nuevamente... —le dije mirándolo a los ojos y sintiendo su mano fuerte sobre mi hombro. Pero no, desde niño fue testarudo como una mula, desde que era el francesito, el morochito del Abasto.

Con Carlitos habíamos crecido juntos, como si fuésemos hermanos, a pesar de que su rostro moreno contrastara con el pelo cobrizo que había heredado de mis antepasados irlandeses y que, con el tiempo, terminara por sacarle más de una cabeza de altura. Mi padre me contaba que cuando el Zorzal llegó al barrio junto a su madre yo estaba en la puerta de la casa, mirándome los pies sucios de tanto caminar descalzo y jugar al fútbol en la calle y que, al levantar la cabeza y verlo venir con su gorrito de inmigrante en los brazos de su madre, le sonreí y lo saludé con la mano ante lo que él, que por ese entonces debía de tener dos años, abrió los ojos de par en par como dos grandes botones y soltó una carcajada desdentada. Desde ese momento nos hicimos inseparables con Carlitos. Juntos conocimos la calle, las mujeres, la noche y el tango. Yo siempre a su lado, con la guitarra entre las manos, mientras el negro dejaba salir de su garganta esa voz milagrosa que la vida le había regalado y que él cultivó a través de los años como la más hermosa de las flores.

El mismo día que supe lo de su tragedia salí por el riachuelo con el pensamiento entumecido por las palabras que acababa de oír, dando los mismos pasos que tantas veces habíamos dado juntos, sin querer creer lo que ya se hablaba a voces por los callejones del barrio. Entré en cada bar que se me cruzó por delante a intentar dormir esa angustia y esa tristeza infinita que me llenaba, ese puñal que me desagarraba el pecho con su filo y me decía que podía haber hecho algo más, que debería haberlo tomado fuertemente del brazo, mirado a la cara y dicho: —Carlitos quedáte, Carlitos no vayas a Colombia, quedáte con los tuyos hasta que todo se tranquilice.

[Extracto]

UN ASUNTO DE PRINCIPIOS

[Extracto...]

El editor acabó de leer las páginas, se quitó los anteojos, se frotó los ojos y lo miró fijamente en silencio. El escritor soltó una carcajada, encendió un cigarrillo y miró por la ventana.

—¿Qué pasa ahora? ¿Tienes miedo de que la comunidad japonesa ponga una demanda? —preguntó el escritor con el rostro algo enrojecido por la cerveza.

—No se trata de eso —dijo el editor frotándose los ojos preso de una arrolladora sensación de cansancio.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó el escritor.

—¿Tengo que decírtelo? —preguntó el editor con tono lúgubre.

—Sí, eres el editor. Es tu trabajo —dijo el escritor con sarcasmo.

—¿Sabes cuantas mujeres leen nuestra revista? —preguntó el editor.

—No jodas. Supongo que si no fuera por los negros y las mujeres la revista quebraría —respondió el escritor.

—Tómalo a broma. Pero si esto sale publicado en una semana tenemos a todos los grupos feministas reclamando en nuestras puertas. Es sexista, pones a la mujer como un objeto sexual —dijo el editor.

—Estamos en mil novecientos ochenta y dos, mil novecientos ochenta y dos y no se puede escribir libremente sobre sexo. Esas mismas mujeres critican en sus charlas a la inquisición por matar mujeres y quemar libros y ahora quieren quemar cualquier cosa que no hable sobre el poder femenino —dijo el escritor y se dejó caer en la silla, preso de la ira.

—No es sólo eso. Es asqueroso. Lo que escribes es pornografía pura. La gente

que quiere masturbarse va y compra revistas pornográficas. No se da la molestia de leer un cuento —dijo el editor perdiendo la paciencia.

—Si quieres que escriba sobre nubes rosadas, olvídalo. No voy a cambiar una sola línea del cuento. Si quieres publicarlo, publícalo. Si no regálaselo a los negros y a las mujeres para que se masturben juntos —dijo el escritor con gestos exagerados.

—Son sólo pequeños detalles que deberías cambiar. Tratar de insinuar más que de mostrar. Hacer algo menos explícito. Más sutil. ¿Me entiendes? Algo erótico, no pornográfico —dijo el editor en tono de ruego.

—No lo sé. Tendría que pensarlo —respondió el escritor con indiferencia.

—No seas estúpido. Es lo que hiciste durante años para la revista ¿Qué es lo que te pasa? —preguntó el editor con desesperación.

—Mi escritura evolucionó. Me cuesta volver a hacer lo que hacía antes —respondió el escritor.

—Tú tienes la última palabra —dijo el editor.

—Está bien. Déjame ver qué puedo hacer, pero no te aseguro nada —respondió el escritor y se puso de pie.

—Tienes hasta mañana —le dijo el editor y lo acompañó hasta la puerta.

[...]

NO LE DEBO NADA A BOLAÑO

“Le debemos un hígado a Bolaño”

Nicanor Parra

Cuando me dijo que tenía la dirección de Bolaño pensé que me estaba hueveando. Estábamos en una fiesta en la azotea de un edificio del centro, celebrando su vuelta después de una temporada en Barcelona, dedicado al ocio y al comercio artístico. El gordo paseaba incansablemente por la fiesta, saludando a los asistentes, asegurándose que todos estuvieran bien atendidos y recibieran cada tanto una broma o comentario de su parte. Una ración de anfitrión. Yo estaba apoyado en la baranda, mirando la noche blanca y violeta, las vías de la Carretera Norte-Sur a ambos lados de las líneas del metro que, desde la altura, parecían una enorme cicatriz de cemento y metal. Se acercó a mí con paso errático, me miró a los ojos, me puso la mano en el hombro y dijo que tenía la dirección de Bolaño. Que si quería podía dármela. «Me estás hueveando», le contesté con una sonrisa estúpida, pensando que era el copete el que empezaba a hablar por el gordo Manríquez. «Es verdad, incluso la comprobé», me dijo seriamente. «¿Cómo lo hiciste?», le pregunté incrédulo. «Muy simple. Fui hasta la dirección, toqué el timbre y me abrió la puerta» dijo, y se mantuvo en silencio llevándose el vaso a la boca, por lo que supuse que me tocaba hablar. «¿Y después qué?», pregunté por incomodidad más que por curiosidad. «Nada, le dije que me había equivocado de dirección y me fui. En realidad era la curiosidad de saber si realmente vivía ahí. Ya conoces mi teoría. Me interesa la obra no el que está atrás», dijo el gordo sonriendo con los dientes teñidos de vino tinto.

Así fue como la dirección de Bolaño llegó a mis manos y, aunque en un primer momento la idea de escribirle o mandarle alguno de mis cuentos pasó por mi cabeza,

luego me olvidé por completo del asunto y del papel que tenía garabateado su número en algún bolsillo de mi billetera.

Los meses que siguieron a esa noche fueron decisivos en mi vida. Durante años había tratado que mis libros fueran publicados, o que un cuento tuviera suerte en algún concurso literario que me rescatara del anonimato, convertirme al fin en escritor, tener la posibilidad de entrar en las grandes ligas de la literatura. Mientras, paralelamente, continuaba con mi carrera de vendedor de seguros de puerta en puerta. Pero mis libros eran rechazados sistemáticamente por las editoriales, y los cuentos rebotaban de concurso en concurso con más pena que gloria. Antes de cumplir los treinta atribuía mi falta de éxito a la maldición de haber nacido en un país provinciano que no estaba preparado para lo que estaba escribiendo pero que, tarde o temprano, se vería obligado a darme el reconocimiento por la obra que erigía en silencio desde la oscuridad.

Ya en la treintena la situación no había cambiado en nada. Llegué a la conclusión de que mi falta de éxito se debía a vivir en un país donde editores y jurados buscaban la perfección técnica y privilegiaban los adornos estructurales a la historia que se estaba contando. Años y años de leer mal a los rusos y norteamericanos había incrustado en sus cerebros (como tumores malignos) sus teorías de *menos es más*, *la punta del iceberg*, *las muñecas rusas* y tantas otras. «Sin duda me había tocado vivir la muerte del fondo por la forma y estaba pagando en carne propia los costos», pensaba emocionado, negándome a entender la escritura como el arte de la telegrafía.

Cuando pasé la barrera de los cuarenta me di cuenta de que había llegado la hora de asumir la realidad: había fracasado como escritor. Ese día, mientras tomaba una botella de vino y jugaba con el gato, fui revisando una tras otra las pruebas que confirmaban mi fracaso como quien observa con frialdad los cadáveres que componen

un asesinato múltiple y, sin dramatismo, decidí despedirme de la literatura como había llegado a ella: anónimo.

Cuando terminaba la botella de vino volvió a mi cabeza la noche de la fiesta y, con ella, el papel garabateado en tinta verde que debía estar en algún lugar. En ese momento decidí escribir a Bolaño y contarle mi decisión. No sé bien con qué fin, pero el vino me daba la sensación de estar llevando a cabo un acto heroico, una renuncia que ameritaba ser compartida con alguien. Así que me senté a la mesa y escribí una carta de tres páginas en las que contaba a Bolaño quién era, cómo había entrado en la literatura y cómo me aprestaba a salir para siempre de ella. Luego le decía como la lectura de sus libros había suspendido durante años la sentencia que estaba llevando a cabo. Yo pensaba que sería capaz de escribir algo que significara tanto para otros como sus libros significaban para mí. Antes de terminar escribí que si no tenía ganas no era necesario contestar, que pensara que, a fin de cuentas, sólo era el único invitado al entierro de mi escritura. Al terminar de escribir caminé hasta el buzón poseído por una fuerte sensación de excitación y liviandad. Eché la carta en el buzón, compré una nueva botella de vino y volví a casa.

El día que llegó la respuesta tomaba el desayuno y buscaba trabajo en los avisos económicos del diario. Tenía la idea de que un hombre que tenía la valentía de renunciar a sus sueños merecía algo mejor que vender seguros. Aunque sé que, para muchos, ese era el trabajo perfecto para alguien que ha renunciado a sus sueños. El cartero me entregó la carta, miró con desgano hacia el interior de la casa, me hizo firmar un papel y se fue. Con entusiasmo la leí y releí agradecido por cada una de las palabras que Bolaño me brindaba. Comenzaba la carta diciéndome que el acto que estaba llevando a cabo le parecía ejecutado por uno de sus personajes. Como si uno de

ellos se hubiera desprendido del papel, materializándose en su país natal, en ese escritor que abandona de golpe la literatura convencido de su absoluto fracaso. Era gracioso ya que, a pesar de ser consciente de que Bolaño me estaba diciendo que era un fracasado insigne, no podía dejar de sentirme orgulloso por el énfasis que ponía en sus palabras y, sobre todo, por haber sido comparado con uno de sus personajes. Como si el parecerme a ellos validara mi situación y le diera un oscuro sentido a mi existencia.

A continuación me decía que le diera un par de vueltas a la decisión, que intentara dar un par de coletazos más antes de quedarme tieso en el suelo (lo decía con esas palabras) y que, en un último acto kamikaze, mandara cuentos a concursos internacionales donde los jurados solían no estar tan contaminados por lo que debía ser la literatura. Me explicaba que durante mucho tiempo él había logrado sobrevivir mandando cuentos a estos concursos, que fueron esos mismos los que terminaron por sacarle del anonimato, esa especie de limbo en el que vive el escritor mientras espera que las puertas del paraíso decidan abrirse. Con la imagen de aquellos últimos coletazos de los que me hablaba Bolaño (yo quería pensar en un gran tiburón blanco o en uno de aquellos monstruos marinos que describía Lovecraft, pero sólo venía a mi cabeza la imagen de una trucha, más bien pequeña, sacudiéndose en espasmos fuera del agua para quedarse finalmente quieta y con los ojos muertos) adherida al pensamiento, le di un par de vueltas a la idea y no me pareció del todo descabellada. Luego me pedía que le enviara algo de lo que había escrito para que me diera su opinión. Antes de despedirse me decía que tuviera en cuenta que todos los escritores habían estado en algún momento solos y desesperados, dudando de si lo que escribían valía algo. Por esos días yo ya sabía de la enfermedad de Bolaño y no pude más que

agradecer el tiempo que se tomaba para contestarme.

[Extracto]

LA PIERNA DE RIMBAUD

El mes de Mayo de 1891, un vagabundo llamado Gerard halló una pierna carcomida por la gangrena entre los cubos de basura de un hospital del puerto de Marsella. Maravillado ante el insólito hallazgo se quitó el largo abrigo con que se protegía en las noches a la intemperie, envolvió con el la pierna y se encaminó hacia la habitación que alquilaba, una de las cientos de ratoneras en que se dividían las buhardillas de los edificios de la ciudad.

Al llegar bebió la última copa de vino que quedaba en la garrafa, encendió su pipa y apoyó la pierna contra la pared, observándola detenidamente bajo la luz de las velas. De la observación de la extremidad sacó seis conclusiones que, a falta de pluma, garabateó con el corcho quemado del tapón de la garrafa sobre un periódico viejo.

1) Sin duda se trata de una pierna derecha pues los dedos del pie van creciendo de derecha a izquierda de menor a mayor tamaño, como suele suceder en los pies de dichas piernas.

2) La pierna tiene vello y una musculatura masculina.

3) La pierna ha sido cortada casi de raíz, a unos veinte o veinte y cinco centímetros sobre la rodilla.

4) Esta pierna derecha ahora me pertenece a mí: lo que la calle da, nadie tiene derecho a quitarlo.

5) Debo hacer algo cuanto antes para salvar a la pierna de la descomposición.

6) Necesito un trago con urgencia.

Se aseguró de que la llave de la puerta estuviese echada para evitar que la dueña de la pensión entrase a husmear y llamara a la policía, o muriera de un infarto al

encontrarse de golpe con esa extremidad arrancada que descansaba apoyada contra la pared. Gerard salió en busca de una nueva botella de vino y de Michel, un compañero de copas y andanzas que vivía a unas calles de distancia y podía ayudarlo a decidir los pasos a seguir con el extraño hallazgo.

Una vez frente a la pierna, Michel le dijo que cuatro de las seis conclusiones eran incuestionables. Que la sexta podía ser solucionada rápidamente con la ayuda de un descorchador; que en el cuarto punto no estaba de acuerdo ya que, en su opinión, nada pertenecía a nadie, ni siquiera las propias piernas, pero que si el hombre no la había reclamado luego de haberle sido amputada, y él la había hallado en un basurero le parecía justo que la conservase. No conforme con eso, Michel aportó una séptima y octava conclusión, que luego de pasar el corcho por la llama, grabó en carbón sobre el periódico.

7) La pierna perteneció a un vagabundo.

8) La pierna fue cortada en las últimas 48 horas.

Mientras Gerard descorchaba la botella y le daba un largo sorbo, Michel le explicó que todas las evidencias estaban ahí. Tomando la pierna y acercándola a sus ojos le mostró las callosidades en la planta del pie, la corteza de hongos que las rodeaban, las uñas roídas y ennegrecidas por la humedad, la piel curtida por el sol y las noches a la intemperie.

—No sólo es un vagabundo —dijo con un gesto que a Gerard le pareció serio y enigmático a la vez,—Es un vagabundo que pasó largos años en el otro continente.

—¿África? —preguntó Gerard, sintiendo las tripas contraerse y su espíritu animarse al contacto con el vino barato.

[Extracto]



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en
www.editorialfoc.me